

JOAQUÍN LEGUINA

**PEDRO
SÁNCHEZ**

**HISTORIA DE
UNA AMBICIÓN**



JOAQUÍN LEGUINA

PEDRO SÁNCHEZ,
HISTORIA DE UNA AMBICIÓN



© Joaquín Leguina, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 5.092-2021
ISBN: 978-84-670-6222-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
NOTA DEL AUTOR	13
PREÁMBULO	17
PRIMEROS PASOS	21
EL INICIO DEL VIAJE	41
LA CRUCIFIXIÓN DE TOMÁS GÓMEZ	47
«NO ES NO»	55
LA DERIVA DE SÁNCHEZ HACIA SU DEFENESTRACIÓN	59
LA RESURRECCIÓN DE PEDRO SÁNCHEZ	75
LA LLEGADA DEL CAUDILLISMO	81
EL DESMADRE CATALÁN	89
LA MOCIÓN DE CENSURA	99
EL NUEVO GOBIERNO	107
DEBATES CONTRA LA CONSTITUCIÓN	113
Y LLEGÓ <i>EL BICHO</i>	117
LOS DESASTRES ECONÓMICOS Y SOCIALES DE LA COVID-19	137
LEYES PARA EL ENFRENTAMIENTO: LA LEY DE MEMORIA DEMO- CRÁTICA	151
LA LEY DE EUTANASIA	159
LA LEY CELAÁ	167

ÍNDICE

EL ASALTO A LA DIVISIÓN DE PODERES	181
LA LEY DE PRESUPUESTOS	185
EL ATAQUE A LA CONSTITUCIÓN	197
EL DESPRECIO POR LOS CONTROLES	207
EL MENTIROSO	211
LA CRISIS MIGRATORIA CON MARRUECOS	221
EL ELECTORADO	225
LAS INVASIONES BÁRBARAS	227
LA INVASIÓN DEL POPULISMO	231
LA INVASIÓN PODEMITA	241
LA INVASIÓN DEL FEMINISMO RADICAL	249
LA INVASIÓN VERDE	269
UN AÑO TERRIBLE	281
GAMBITO DE ICETA	289
LO QUE VA DE AYER A HOY	297
EL NECESARIO CAMBIO DE RUMBO	307
POR UNA LEY DE PARTIDOS	311
UNA NUEVA LEY ELECTORAL	319
LA REFORMA JUDICIAL	323
LA REFORMA ADMINISTRATIVA	325
LA REFORMA DEL TÍTULO VIII	329
LA REGULACIÓN DEL CÁLCULO DEL CUPO VASCO	331
¿TIENE ARREGLO EL PSOE?	335
ÍNDICE ONOMÁSTICO	339

PRIMEROS PASOS

Conocí y traté al padre de Pedro Sánchez siendo él director general del Instituto Nacional de Artes Escénicas en el Gobierno de Felipe González. Yo era diputado en el Congreso y también portavoz del PSOE en la Comisión de Cultura. Pedro era un hombre que había hecho su carrera profesional en la SGAE y a pesar de que era dirigente de las artes escénicas, paradójicamente, no le gustaba nada exhibirse. Tranquilo y eficiente, dirigió aquellas políticas con buena mano y buen trato hacia un colectivo (teatro, danza...) no siempre tranquilo. Moderado en las formas y en el fondo, se ganó el respeto de todos sin levantar la voz ni pretender protagonismo alguno.

Cuando, tras perder las elecciones de 1996, el PSOE pasó a la oposición, Joaquín Almunia fue elegido secretario general y me cooptó para su Comisión Ejecutiva. Desde allí dirigí la política cultural del partido. Fue entonces cuando más contacto tuve con Pedro Sánchez padre, pues montamos, con la impagable ayuda de Enrique Baquedano, una red cultural —que incluía al sector de la ciencia— en la cual colaboraron socialistas y no socialistas de toda España, y formando parte de la cúpula de aquella organización estaba Pedro Sánchez. Nuestras reuniones, tanto en Madrid como en otras provincias, fueron frecuentes y

fructíferas. De hecho, contamos con la colaboración de numerosos autores, tanto de cine como de teatro y danza, e investigadores.

Aquella red duró hasta que ganó el congreso José Luis Rodríguez Zapatero y puso al frente del área cultural a Carmen Chacón, quien, sin dudarlo un momento, eliminó la red, pues traía en la cabeza «otras formas de hacer política». Pero volvamos a los orígenes de nuestro protagonista.

Pedro Sánchez, mi compañero, estaba casado con Magdalena Pérez-Castejón y tenían dos hijos. El mayor, Pedro, nació el 29 de febrero de 1972 en Madrid, en el distrito de Tetuán —concretamente en la parte elegante del distrito de Tetuán—, al norte de la villa: vivían en la calle Comandante Zorita, que hoy —no sé por qué, ya me lo contará Manuela Carmena— ha cambiado de nombre y se llama Aviador Zorita. Como contaba con gracia un madrileño, «los vecinos, por las dudas, han optado por denominarlo Señor Zorita».

Magdalena era hija del dueño de una herrería de Lorca, Mateo Pérez-Castejón, quien contrajo matrimonio con Inés Barrios Jiménez, una joven madrileña criada en Puente de Vallecas, donde también creció Magdalena. Ella y el padre de Sánchez se casaron el 14 de agosto de 1971 y un año más tarde llegaba al mundo el hoy presidente del Gobierno. Después de una larga trayectoria como funcionaria de la Seguridad Social y ya con cuarenta años, Magdalena decidió sacarse la licenciatura de Derecho y colegiarse como abogada. Se da la circunstancia de que coincidió algunos años con su hijo mayor en la universidad.

Tres años después del nacimiento de Pedro, la pareja tuvo a su segundo hijo, David. David terminó el bachillerato en el prestigioso colegio jesuita de Cheverus, en Portland, Estados Unidos. Después concluyó una licenciatura en la Universidad de

Comillas. Y más tarde dio un volantazo a su vida para dedicarse a su vocación musical. Estudiante excelente, sacó matrícula de honor en la Cátedra de Composición Musical y Dirección Operística en el Conservatorio Estatal de San Petersburgo. Y a caballo entre San Petersburgo y Madrid ha vivido los últimos años. En 2011 el hermano de Pedro Sánchez dirigió el *Fidelio* de Beethoven en el Teatro Real de Madrid. Ejerce al frente de la Orquesta y Ballet del Teatro Mariinsky y la de la academia de jóvenes cantantes del mismo teatro de San Petersburgo. Extremadamente discreto, como su padre, su nombre artístico es David Azagra.

Junto a sus padres, Pedro y David pasaban los veranos de su infancia en Can Picafort, en Mallorca. Pedro estudió los primeros años en el colegio Santa Cristina de Chamartín, un centro privado y religioso, que siempre ha mantenido oculto en su *currículum*, y más tarde ingresó, como es bien sabido, en el Instituto Ramiro de Maeztu, en la calle Serrano. Los padres de Pedro y David siempre quisieron dejar a sus hijos el legado de una buena educación.

En el «Ramiro», Pedro, con su metro noventa de estatura, destacó en baloncesto y llegó a jugar en la cantera del Estudiantes, equipo ligado a dicho instituto. De hecho, el baloncesto le proporcionó amistades tan profundas y duraderas como la de Pepu Hernández y la de Ignacio Carnicero.

La carrera de Económicas y Empresariales la cursó en el Real Centro Universitario María Cristina, una institución privada adscrita a la Universidad Complutense, que ocupa una parte de la impresionante arquitectura del Monasterio de El Escorial y que está regido por la orden de San Agustín. Allí se licenció Pedro en 1995, a los veintitrés años, y después se trasladó a Nueva York para trabajar en Wall Street, aunque no hay constancia

del cargo o de la empresa. Lo que sí está contrastado es que estableció una excelente relación con el entonces Embajador en Naciones Unidas, Carlos Westendorp, cuya mujer, Amaya de Miguel, había trabajado con el padre de Pedro Sánchez en el INAEM, que pertenecía al Ministerio de Cultura. El matrimonio se ocupó afectuosamente de aquel muchacho que velaba sus primeras armas.

Posteriormente se trasladó a Bruselas, apoyado por Enrique Barón, que había trabajado con su padre en la Fundación Autor de la SGAE, para realizar un máster en la Universidad Libre de Bruselas. Después trabajó en el Parlamento Europeo, a las órdenes de la diputada Bárbara Dührkop, viuda del socialista guipuzcoano Enrique Casas, asesinado por etarras. La señora Dührkop recuerda bien al joven Pedro Sánchez. Y tras esos dos años en Bruselas, de nuevo, las viejas y entrañables amistades de su padre vendrán a apoyarle en el deseo de cimentar su carrera política.

Acabada aquella etapa, cuando volvía a España en su coche, Sánchez recibió la llamada de Carlos Westendorp, que había sido designado alto comisionado de la ONU en Bosnia, y quería que su joven amigo se incorporara al equipo que iba a acompañarle en aquella misión delicada, en un país que salía de la guerra de los Balcanes, sin estructuras y con muchas heridas que restañar. Envidiable oportunidad. El experimentado diplomático fue sin duda un gran maestro durante las arduas negociaciones con musulmanes, católicos y ortodoxos. «Pedro Sánchez demostró capacidad de trabajo, resistencia y lealtad. En aquella coyuntura de Bosnia no necesitaba que fuese conmigo un intelectual, sino un hombre de acción que preparase entrevistas, hablase con unos y con otros en varios idiomas, y se llevase bien con la gente», rememoraba Westendorp en una reciente entrevista. Cuando sus destinos se separaron, en 1999, tras la guerra

de Kosovo, mantuvo la amistad con aquel chico reflexivo y «tan interesado por la política» hasta el punto de que aceptó firmarle una carta de presentación que avaló la entrada de Sánchez en la Universidad Camilo José Cela como profesor.

Pedro Sánchez y Óscar López se habían tratado en Bruselas, trabajando y viajando por Europa. Tenían un objetivo común: abrirse camino dentro del PSOE para hacer carrera política en España. Juntos crearon un foro de debate que denominaron Espacio Europa 21, y en él organizaron conferencias en el Colegio Mayor San Juan Evangelista, lo que les permitió traer a Madrid a diferentes eurodiputados y potenciar su presencia pública.

Pepe Blanco se rodeó de muchachos a cual más gallardo. El primero era Óscar López, una mano derecha que ha fracasado en todo lo que ha emprendido: desde ser el secretario de Organización menos brillante del partido, hasta ser jefe de campaña de un derrotado Gabilondo o presidente de Paradores Nacionales, donde no se le conoce mérito alguno.

El segundo, Antonio Hernando, otra persona de Balbás que introdujo al autor del *tamayazo* en Ferraz. Y así varios, hasta llegar a Pedro Sánchez. Y fue José Luis Balbás quien lo recomendó a Pepe Blanco.

Como José Luis Ábalos en Valencia o Eduardo Tamayo en Madrid, Pedro Sánchez era el hombre de José Luis Balbás en el distrito de Tetuán. Pedro Sánchez militaba en las Juventudes Socialistas desde hacía pocos meses. Enseguida se observó su decidida ambición. Y enseguida formó parte del grupo «Renovadores por la Base», comandados por José Luis Balbás, nido en el que se fraguó años más tarde el *tamayazo*.

La gran aspiración de Pedro Sánchez era llegar a diputado en el Congreso en las elecciones de 2004, pero no lo consiguió, al contrario que sus dos amigos, que sí se metieron en las listas.

Blanco tenía otros planes para él. En 2003 lo incluyó en la lista al Ayuntamiento de Madrid, una decisión que generó varias peleas dentro de la Federación Socialista Madrileña, que solo accedió a su presencia en el puesto 23. Sánchez se quedó a las puertas del consistorio, pero no por mucho tiempo. Poco después, en abril de 2004, Antonio Hernando consiguió que el flamante Gobierno de Zapatero nombrara como directora general de Inmigración a una concejala socialista, Marta Tarduchy, y la edil Elena Arnedo hubo de renunciar a su cargo por motivos de salud. Pedro conseguía así su hueco en el Ayuntamiento de la capital.

Allí se convirtió en una de las personas de confianza de Trinidad Jiménez, muy próxima a José Luis Rodríguez Zapatero.

Trinidad Jiménez, que ya trabajaba en Ferraz con Almunia en temas internacionales, fue quien, antes del congreso que Zapatero le ganó a Bono, organizó en su casa el famoso desayuno con cruasanes del cual salió la candidatura en contra de Bono, cuando todo el mundo creía que el manchego contaba con votos suficientes para ganar por goleada a sus dos adversarias, Matilde Fernández (que presentaron los guerristas) y Rosa Díez (que iba por libre). Trini Jiménez tenía la baza de su cercanía a Felipe González (y nunca se sabrá hacia dónde se decantaban las preferencias de Felipe, aunque yo me malicio que Bono no le gustaba mucho). En cualquier caso, Zapatero no hubiera ganado si en el último momento los guerristas no le hubieran pasado un chorro de votos, dejando colgada a su valiosa candidata, la citada Matilde Fernández, exministra y exsindicalista, a la que ellos habían convencido para que se presentara.

Pero vamos a hacer un alto para volver al ámbito privado porque, entre tanto, Pedro Sánchez había conocido a Begoña, su mujer, en la fiesta de cumpleaños de un amigo. Él tenía trein-

ta y un años. Ella era una mujer alta y rubia. Y la relación que surgió allí fue fulminante y duradera. Desde entonces nunca se han separado. Evidentemente Begoña Gómez no es solo hermosa. Nacida en Bilbao y criada en la localidad de Valderas, en León, tiene un título de Marketing en ESIC y un máster en Administración de Empresas. Es experta en captación de fondos para ONG y ha trabajado para multinacionales como ONO y Deutsche Bank. Desde el verano de 2018 Begoña es directora del Africa Center del Instituto de Empresa. Y desde noviembre de 2020 dirige en la Universidad Complutense, pública, una cátedra extraordinaria de «Transformación social competitiva» orientada a formar expertos en mercado laboral, dentro del sector privado, que incluye becas de investigación. Estos nombramientos han sorprendido en el ámbito universitario y han puesto el foco inevitablemente sobre su titulación y experiencia, que nunca han podido ser confirmadas. En cualquier caso nadie podrá discutir que Begoña se ha mostrado siempre, abiertamente, como el mejor apoyo de su marido. Me atrevería a decir que ha sido, junto con Ana Botella, la esposa presidencial más explícita.

En 2005 nació Ainhoa, la primera hija de Pedro y Begoña, y en 2006 se casaron en el Ayuntamiento de Madrid. Fue Trinidad Jiménez quien ofició la boda civil de Sánchez con Begoña Gómez. La ceremonia fue muy sencilla y más tarde los amigos y familiares se trasladaron al Hipódromo de La Zarzuela, donde se desarrolló la celebración.

Sánchez revalidó su acta de concejal en las elecciones municipales de 2007, con Miguel Sebastián de candidato.

Pedro, Óscar y Antonio se criaron, pues, políticamente en el entorno de Rodríguez Zapatero y allí radica el origen de lo que, a mi juicio, ha sido un desvío político difícil de revertir,

empezando por la invasión del socialismo por parte del nacionalismo y de otros movimientos identitarios y supremacistas.

Cegado quizá por su creencia en la propia buena suerte; convencido, tal vez, de que sus predecesores en el cargo no habían entendido bien los problemas que los nacionalismos periféricos planteaban al Estado, Zapatero se lanzó a resolver los contenciosos catalán y vasco (que en lo que se refiere a este último pasaba por alcanzar «la paz» con ETA).

Sigo sin creer que a la hora de abordar los problemas territoriales Zapatero se parara a pensar ni un minuto con quiénes se iba a jugar los cuartos y a qué principios respondía la ideología de aquellos junto a quienes quería construir la «España plural».

Sus objetivos territoriales y el pésimo diagnóstico de la crisis económica marcaron definitivamente su paso por el Gobierno. Si a ello se suman sus irresponsables apuestas a través de la insolvencia de sus nombramientos, podremos entender mejor su descrédito y el desastre electoral que llegó el 20 de noviembre de 2011.

Y ello llevó a que buena parte de la izquierda quedara presa de una inercia absurda que, como dice la profesora Béjar¹, «le impide abrazar la bandera española como propia, mientras se muestra tolerante con la continua y ubicua exhibición de la bandera catalana y vasca, encarnación de un *patriotismo*, ese sí, respetable».

Estamos, pues, ante una sarta de mitos y mentiras, ante toneladas de irracionalismo interesado. Y para pelear contra esa ideología excluyente y contra esas políticas, cuyo objetivo estratégico no es otro que la secesión, es necesario desmontar y ata-

¹ Helena Béjar, *La dejación de España*, Katz Editores, Madrid, 2008.

car las descalificaciones de las cuales se sirven los nacionalistas para defender su ciudadela y que van desde la más suave, «españolistas», a las más duras, como «anticatalán» y hasta «franquista» o «facha», aunque, a mi juicio, el peor virus en forma de prejuicio que los nacionalistas han conseguido colocar es el que equipara a los «separatistas» con los «separadores».

Sabemos quiénes son «separatistas», es decir, aquellos que persiguen como objetivo estratégico la escisión de Cataluña (también del País Vasco o de Galicia). ¿Quiénes son los «separadores»? Pues, según el pensamiento cándido de algunos, somos «separadores» quienes osamos criticar las bases ideológicas y las políticas nacionalistas. De lo cual se deduce que es una actividad que está «muy mal vista», pues si te atreves a pronunciar tales blasfemias eres un «separador» y como tal alimentas la escisión. A ese tipo de razonamiento lo llamaban los clásicos «petición de principio», pero existen formas más científicas y modernas para calificar tal argumento: «basura ideológica».

No conviene olvidar el papel del PSC, que apoyó a Zapatero en su llegada a la Secretaría General y luego se cobró muy caro ese apoyo.

El PSC es un partido que recogió en su día a toda una pléyade de hijos de la pequeña burguesía catalana y catalanista, la de toda la vida: los Raventós, Serra, Maragall, Obiols... que luego se vieron desplazados por una amalgama compuesta por hijos de inmigrantes (Montilla, Manuela de Madre, Bartomeu Muñoz, Zaragoza, Carmen Chacón...) y gente proveniente de las Juventudes Socialistas, como Iceta, que jamás ha cotizado a la Seguridad Social fuera del partido.

Un PSC que, tras abrazar, de la mano de Maragall, una deriva nacionalista, ha acabado por no ser capaz, como antes lo era, de fidelizar el voto inmigrante, pues ya sirve de poco adular

al personal mediante el verbo demagógico del que hicieron gala personajes como Manuela de Madre, que fue alcaldesa de Santa Coloma hasta que cedió los trastos a Bartomeu Muñoz. En efecto, amarrados al aval del PSOE y a su progresismo de origen, estos «inmigrantes» que pasaron a prestar sus servicios al catalanismo se mostraron hábiles a la hora de encubrir, con sus llamadas al voto «de clase» durante las campañas electorales, su negación, en la práctica, de cualquier símbolo o actitud que suene a español, rechazando, incluso, hablar en público la lengua que han mamado. Todo ello a cambio de un lugar bajo el sol en esa «Cataluña eterna», la de Pujol y Cía. Pero ya se sabe: no se puede engañar a todos todo el tiempo.

Para mostrar hasta qué punto Maragall, quien fuera magnífico alcalde de Barcelona, defraudó a sus votantes al llegar a la Presidencia de la Generalidad me serviré de un texto escrito por Ramón de España²:

Cuando en 2003 Pasqual Maragall llegó a la presidencia, pensé: se acabó la tabarra nacionalista, vamos a reconstruir lazos con el resto de España, vamos a preocuparnos de verdad por la cultura [...] vamos a dejar de practicar el victimismo y la queja constante, vamos a ordenar el bilingüismo para que ninguno de nuestros dos idiomas se imponga al otro, vamos a... Ya ven lo ingenuo que puede llegar a ser uno. En cuanto Maragall ocupó el despacho presidencial, se sacó de la manga un nuevo estatuto de autonomía que nadie le había pedido y lo convirtió en el meollo de su legislación [...]. Yo voto a alguien para una cosa y me sale con otra. [...] Lo único que sé es que, de repente, el hombre que se suponía que era la némesis de Jordi Pujol y que representaba todo lo

² Ramón de España, *El manicomio catalán*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2013.

opuesto a él, se convertía en su sucesor, recogiendo la antorcha nacionalista y avivando su llama con un soplete.

Conviene recordar aquí, por ser absolutamente clarificador, el descenso electoral del PSC en las elecciones a partir de que Maragall entró en la liza autonómica:

- Año 1999, Maragall: 1.183.000 votos y 53 diputados (de un total de 135).
- Año 2003, Maragall: 1.026.000 votos y 42 diputados.
- Año 2006, Montilla: 790.000 votos y 37 diputados.
- Año 2010, Montilla: 575.000 votos y 28 diputados.
- Año 2012, Pere Navarro: 524.000 votos y 20 diputados.

En pocas palabras: desde que empezó este baile, el PSC perdió 33 diputados, el 62 % de los que tuvo en 1999, y 659.000 votos, el 55,7 %, de los que obtuvo antes de que empezara la *yenka* estatutaria. En resumen, al PSC, que siempre nutrió una gran parte de sus urnas con votos de gente de origen inmigrante, le resultó letal subirse al carro identitario. Una actitud, la del PSC, que no se entiende en el resto de España pero que tampoco se entiende en Cataluña. Las encuestas de opinión —y las urnas— lo dejaron siempre meridianamente claro: cuanto más nacionalista se hacía el PSC, menos votos sacaba. Y es que la gente suele preferir el original a la copia.

Pero es evidente que fue en esa época zapateril cuando las invasiones indentitarias no se limitaron al nacionalismo: también entraron a saco en el PSOE el feminismo y el ecologismo. Para ilustrar semejante invasión recordaré algunas promesas electorales de 2008, con la crisis ya encima. En el prólogo del programa electoral podía leerse lo siguiente:

Para los próximos cuatro años, los socialistas nos proponemos: alcanzar el pleno empleo, y desarrollar y consolidar la política social propia del Estado de Bienestar más avanzado; acometer la modernización de la España del siglo XXI, afrontando los nuevos retos que se les plantean a todos los países desarrollados; y garantizar y reforzar la convivencia y la cohesión, mediante un ejercicio del poder político respetuoso y dialogante.

Para hacer boca, y poco antes de la convocatoria electoral, Zapatero regaló 400 euros a cada contribuyente del IRPF. Una insólita y demagógica medida.

El 26 de enero, «El PSOE promete acceso libre y gratuito a la píldora postcoital».

Martes 29 de enero: «El PSOE extenderá la reducción de 400 euros en el IRPF a toda la legislatura».

El 26 de febrero de 2008, con la crisis ya encima, el PSOE anunció que el superávit no financiero previsto para la legislatura ascendería a 10.000 millones anuales.

Pero Zapatero, tras negar la existencia de la crisis, no tardaría en bajarse del burro, forzado por las políticas restrictivas que entonces impuso la UE, y el 12 de mayo de 2010 soltó la bomba en el Congreso de los Diputados:

- Bajada media del 5 % en las retribuciones del personal del sector público.
- Rebaja del salario de los miembros del Gobierno en un 15 %.
- Suspensión a partir de 2011 de la revalorización de las pensiones, excluyendo las no contributivas y las mínimas.
- Eliminación del régimen transitorio para la jubilación parcial.

- Reducción en 6.045 millones de euros en la inversión pública estatal.
- Recorte de 600 millones en ayuda al desarrollo.
- Reducción del gasto farmacéutico.
- Recorte de 1.200 millones de euros en los gastos de las autonomías.
- Eliminación del cheque bebé y de otras gabelas de parecido tenor.

Desde aquel mayo de 2010, la llamada *deuda soberana de España* empezó a sufrir —día sí, día también— ataques especulativos cuyas motivaciones reales eran tan metafísicas como lo son muchas decisiones de los mercados. ¿Tan arriesgado iba a resultar el cobro de los intereses y las amortizaciones de esa deuda?

En mayo de 2010 España inauguró, en palabras de Joaquín Estefanía, «una etapa de austeridad que ha cambiado la manera de vivir y de pensar de la mayoría de los ciudadanos: de la economía del miedo (a la incertidumbre, a la inseguridad económica, a quedarse atrás en una distribución de la renta cada vez más regresiva, a quedarse inactivo...) han pasado a la economía del sufrimiento (el paro, el empobrecimiento, la reducción de su protección social, la mortandad de empresas)...».

Muchas de las ideas o prejuicios que Zapatero expresó, una vez que estuvo en el Gobierno, pertenecen a lo que se conoce como «corrección política». Es esta una corriente de pensamiento de origen norteamericano que había alcanzado «su mármol y su día» bastantes años atrás en los Estados Unidos. Una «corrección política» que apostó desde su inicio a favor de las «discriminaciones positivas» a través de las cuotas y otros mecanismos.

Ese pensamiento ha ido mutando, manifestándose aquí y allá en cuestiones como género, cultura, discapacidad, medio ambiente, derechos de los animales, etc.

Como rasgos fundamentales y constantes del fenómeno cabe enumerar, en una lista no exhaustiva, el establecimiento de códigos de expresión lingüística, la promoción de la igualdad entre mujeres y hombres a través de la discriminación positiva, el multiculturalismo, y el proyecto de repensar las formas en las que se hacen y se enseñan la historia y las ciencias sociales.

Refiriéndose a la reescritura de la Historia, Tony Thorne³ escribió:

Esta reescritura «históricamente correcta», que nada tiene que ver con la continua revisión de los resultados propia de la ciencia histórica (en verdad, de toda ciencia), es pseudociencia histórica: inventa mitos, no produce conocimiento.

También le dio por intentar resolver los problemas internacionales y se sacó de la manga la *Alianza de Civilizaciones*, a la cual, que yo recuerde, solo se adhirió la Turquía de Erdogan.

Me atreveré a señalar —y digo «atreveré» por ser un asunto de esos que están en el meollo del *nuevo* feminismo, es decir, de lo elevado por el *lobby* feminista a la categoría de lo indiscutible— tres leyes impulsadas por el Gobierno de ZP: la Ley Integral contra la Violencia de Género (que fue la primera ley orgánica que se aprobó en la primera legislatura), la Ley para la Igualdad Efectiva de Hombres y Mujeres y la Ley del Aborto (Ley 2/2010).

³ Tony Thorne, «Corrección política y reescritura de la historia», *Claves de Razón Práctica* (marzo de 2103).

La Ley contra la Violencia de Género introdujo, en primer lugar, una «discriminación positiva» según la cual el mismo delito cometido por un varón es penalmente más castigado que si es cometido por una mujer. Es decir, que la ley se cargaba de un plumazo el principio constitucional de igualdad ante la ley. Pero, además, esa ley abrió la vía a las denuncias. La mayor parte de ellas nunca acaban en sentencias condenatorias, pero las denuncias falsas en este y otros asuntos no son casi nunca perseguidas por los jueces. Los fiscales y jueces españoles tienen alergia a perseguir las denuncias falsas en este y en cualquier otro campo.

La Ley de Igualdad Efectiva, que hoy está en vigor, contiene normas de obligado cumplimiento para las Administraciones Públicas y también muchas recomendaciones, algunos incentivos y hasta premios dirigidos a la esfera privada (empresas y familias). La ley también creó un permiso de paternidad (exclusivo para el padre) y amplió el permiso de maternidad en dos semanas, que puede ser utilizado por el padre o la madre. Pero lo que, a mi juicio, más interesaba al *lobby* de mujeres era imponer la paridad en las listas electorales, cosa que afecta poco y muy de lejos a las mujeres en general, pero que importa, y mucho, a quienes forman o aspiran a formar parte del *lobby*.

En otras palabras, al *lobby* le interesaba incluir en la ley básicamente dos cosas: 1) la paridad, que en la ley recibe el casto nombre de «presencia o composición equilibrada» y que, en lo que se refiere a las listas electorales, consiste en que «las personas de un mismo sexo no superen el 60 %», y 2) la proscripción del lenguaje sexista.

Otra de las líneas «teóricas» que marcaron el rumbo (más bien de boquilla) del zapaterismo gobernante fue el ecologismo, pero no el científico, sino el ideológico. La llegada al Gobierno y la inmediata conversión a ese ecologismo de la mano de Cris-

tina Narbona (hoy presidenta del PSOE de Sánchez) marcó un discurso —a menudo radical— en temas como el agua (el Gobierno derogó el trasvase del Ebro en junio de 2004), las fuentes energéticas y otras «defensas» de la Naturaleza. Fue, sobre todo, una postura para el escaparate, pero marcó a fuego, poniéndolos fuera de circulación, asuntos tan graves como la posibilidad de tener en España un Plan Hidrológico Nacional (PHN). Aparte de estos y otros triunfos, la única y definitiva verdad es que cuando Zapatero se fue del Gobierno lo hizo sin haber hecho cumplir —ni de lejos— el compromiso respecto a la emisión de gases de efecto invernadero. En otras palabras, las emisiones de CO₂ o de azufre eran mayores cuando Zapatero se fue que cuando entró. Una vez más, quedó muy claro que una cosa es predicar (y se predicó —se legisló— mucho y con gran entusiasmo) y otra muy diferente dar trigo.

El caso más sangrante del nuevo ecologismo socialista se produjo a propósito del agua. Denostado y hundido el Plan Hidrológico Nacional de Borrell y también el que quiso montar el PP en tiempos de Aznar, desatado y triunfante el desmadre territorial, no sé de dónde salió esa solución mágica de las desaladoras. Una huida hacia adelante que contradice las más elementales reglas de la lógica y de la termodinámica, porque desalar el agua y elevarla por encima del nivel del mar nos lo hace gratis el sol, pero la «voluntad política» —ya se ve— se cree capaz de competir con el astro en torno al cual giramos. ¿Cabe mayor pretenciosidad?

Se programaron 51 plantas de desalación, de las cuales, a finales de 2012, estaban operativas 27, que durante 2012 produjeron 120 hm³ de agua desalada, aproximadamente un 20 % de la capacidad que se había propuesto al inicio de la operación de las desaladoras.

Otra de las banderas verdes que enarboló el Gobierno de Zapatero fueron «las renovables» (menos la energía proveniente de los embalses, desechada, claro está, pues, como acabamos de ver, las presas son antiecológicas e incluso son franquistas). Soy de los que creen que las fuentes de energías renovables representan el futuro, pero, hoy por hoy, tienen un «pequeño» problema: el kilovatio que producen es, en general, bastante más caro que el que se produce utilizando petróleo. Pues bien, se apostó por las renovables y esta vez no solo de boquilla, ya que se puso en marcha un sistema de subvenciones (se llegaron a detectar instalaciones fotovoltaicas que producían energía de noche) que influyó en la estrategia de las empresas productoras de energía. Lo malo vino cuando la crisis se llevó por delante las subvenciones.

El 20 de noviembre de 2011 se celebraron elecciones generales y el PSOE bajó del 43,9 % de votos al 28,7 %, perdiendo 4,4 millones de electores y 59 diputados. La lista la encabezó Alfredo Pérez Rubalcaba, pero Zapatero siguió como secretario general.

La Comisión Ejecutiva despachó aquellas pérdidas millonarias de electores con «explicaciones» tan apresuradas como ramponas: «No hemos sabido explicar bien las medidas que el Gobierno se ha visto obligado a tomar a partir de mayo de 2010» o «El PP apenas ha recogido votos que fueron socialistas en 2008».

Todas esas disculpas se repitieron en el Comité Federal que se reunió días después y ante el cual —si hubiera asumido sus graves responsabilidades en la debacle— Rodríguez Zapatero tendría que haber dimitido, abriendo paso a una transición no tutelada por él ni por quienes lo acompañaron en la dirección desde el año 2000.

Estudios rigurosos, publicados una semana después de aquellas elecciones, demostraron que las «explicaciones» de la derrota desgranadas por la Ejecutiva ante el Comité Federal eran, simplemente, falsas. En efecto, los análisis que el domingo 27 de noviembre publicó *El País* (José Juan Toharia, José P. Ferrándiz y Josep Lobera), basados en las numerosas encuestas realizadas por Metroscopia antes y después de las elecciones, mostraban la evidencia de que aquellas disculpas de Zapatero y su gente eran solo leyendas. Veámoslo con algún detenimiento:

¿Adónde fueron a parar los 4.350.000 electores que votaron al PSOE en 2008 y que no lo votaron en 2011? Según estos análisis, la mayor parte (1.200.000 votantes) eligieron al PP y 700.000, a IU.

Estos últimos datos echaban por tierra la fábula de que «los votos del PSOE se dispersan entre la abstención y otras opciones de izquierda, pero nunca van a la derecha».

A esos destrozos electorales siguió un congreso montado a toda prisa que no se caracterizó precisamente por la reflexión y el debate, sino por el nominalismo y la bandería. Se convocó en Sevilla, para que el «éxito» del congreso le sirviera a José Antonio Griñán para ganar las elecciones andaluzas, que él había convocado —por primera vez— separadas de las generales.

Concluiré con unas palabras de una observadora imparcial, María López Santana, que, a mi juicio, resumen lo que había pasado en el PSOE:

La gestión de la crisis de José Luis Rodríguez Zapatero ha sido un lastre a nivel electoral. Sin embargo, la dirección y gestión del propio Partido Socialista ha generado un problema de fondo. Imponer una renovación absoluta fue un error que todavía el PSOE está pagando. Se sustituyeron liderazgos fuertes, personas

que ayudaron a construir y a desarrollar nuestra democracia, con solvencia intelectual y un elevado sentido de la responsabilidad, por personas de pensamiento leve, con escaso conocimiento de la complejidad que supone gestionar un partido de esta dimensión y de garantizar la cohesión interna siempre necesaria en un espacio con tantas diferencias territoriales. Esto dio lugar a que emergieran (o fueran designados) dirigentes de una nueva generación, pero que tenían escasa experiencia en política y en la gestión de lo público.

Aquel congreso se celebró en febrero de 2012 en Sevilla, en la Isla de la Cartuja, y se presentaron a la Secretaría General Alfredo Pérez Rubalcaba y Carmen Chacón. Salió elegido el primero.

Pedro Sánchez y los otros dos «altos» (Óscar López y Antonio Hernando) comenzaron allí su mayoría de edad política.